

La ciudad-performer: performatividad urbana y artivismo feminista.

Recibido: 15 de marzo de 2025

Aceptado: 16 de enero de 2026

*The City-Performer: Urban Performativity
and Feminist Artivism*

*A Cidade-Performer: Performatividade Urbana
e Artivismo Feminista*

Derechos de autor 2026

ANUARIO DE ESPACIOS

URBANOS, HISTORIA,

CULTURA Y DISEÑO

Creative Commons License.

Esta obra esta bajo una licencia
internacional *Creative Commons*

Atribución-NoComercial-
Compartirigual 4.0

[https://doi.org/10.24275/
EPXL1952](https://doi.org/10.24275/EPXL1952)

Dalia López Cortés

Instituto Nacional de Bellas Artes

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6132-0126>





Resumen

Este artículo examina el papel del espacio urbano en las protestas feministas del 8 de marzo (8M) mediante los estudios de performance y la teoría de la performatividad. A partir de un enfoque situado en ciudades latinoamericanas, se problematiza la noción de la ciudad como mero escenario de la movilización y se propone el concepto de ciudad-performer como una categoría analítica original para comprender su agencia material, simbólica y afectiva. Se argumenta que las intervenciones artistas, grafitis, consignas, instalaciones efímeras, acciones corporales y dispositivos sonoros no solo ocupan el espacio público, sino que lo reconfiguran como archivo de memoria y superficie de enunciación política. El análisis articula revisión teórica, estudio de registros visuales y observación de repertorios discursivos para mostrar cómo emociones como el miedo, la rabia y el duelo se materializan en prácticas performativas que disputan los significados del territorio. Desde esta perspectiva, la protesta feminista se entiende como un proceso que produce ciudad al mismo tiempo que la interviene, evidenciando que el espacio urbano participa activamente en la construcción del acontecimiento político.

Palabras clave:
performance,
performatividad,
ciudad, protesta
feminista,
activismo, espacio
público.

Abstract

This article examines the role of urban space in feminist protests on March 8 (8M) through performance studies and theories of performativity. Focusing on Latin American cities, it challenges the understanding of the city as a passive backdrop for collective action and introduces the concept of the performer-city as an original analytical category to account for its material, symbolic, and affective agency. It argues that activist interventions, graffiti, slogans, ephemeral installations, embodied actions, and sonic devices not only occupy public space but reconfigure it as an archive of memory and a surface of political enunciation. The analysis combines theoretical review, visual records, and the study of discursive repertoires to show how emotions such as fear, anger, and mourning become materialized through performative practices that contest the meanings of urban territory. From this perspective, feminist protest is understood as a process that simultaneously intervenes in and produces the city, revealing urban space as an active participant in the construction of political events.

Keywords:
performance,
performativity,
city, feminist
protest, activism,
public space.

Introducción

La relación entre las mujeres y el espacio urbano se encuentra atravesada por desigualdades estructurales que condicionan la movilidad, la seguridad y el acceso pleno a la vida pública. Diversos estudios han señalado que las ciudades latinoamericanas, marcadas por procesos de urbanización acelerada, segregación socioespacial y precarización de los servicios, reproducen dinámicas de exclusión que impactan de manera diferenciada a mujeres y corporalidades disidentes. La violencia cotidiana en calles, transporte y espacios públicos no constituye un fenómeno aislado, sino una dimensión persistente de la experiencia urbana que limita el derecho a habitar la ciudad sin miedo.

Frente a este escenario, las movilizaciones feministas del 8 de marzo (8M) han emergido como momentos de ocupación masiva del espacio público que interrumpen la normalidad urbana y disputan sus significados. Las calles, plazas y monumentos dejan de operar únicamente como infraestructuras de circulación para convertirse en superficies de enunciación política donde se inscriben consignas, imágenes, objetos y cuerpos colectivos. Estas acciones no solo visibilizan demandas, sino que transforman temporalmente la experiencia del territorio.

Sin embargo, gran parte de los análisis sobre protesta social continúan entendiendo la ciudad como un escenario pasivo donde “ocurren” las manifestaciones. Esta mirada resulta insuficiente para explicar cómo la materialidad urbana, sus muros, sonidos, monumentos y huellas participan activamente en la producción de memoria, afecto y sentido político. Ante esta limitación, el presente artículo propone desplazar el foco desde la protesta como evento hacia la relación dinámica entre cuerpos y espacio.

En este marco, se introduce el concepto de ciudad-performer como una categoría analítica original que permite comprender la agencia material, simbólica y afectiva del espacio urbano en contextos de movilización feminista. La noción no alude a una metáfora antropomórfica, sino a la capacidad del territorio para mediar, amplificar y conservar las acciones colectivas, interviniendo activamente en la construcción del acontecimiento político. Pensar la ciudad en términos performativos implica reconocer que no solo es ocupada por la protesta, sino producida por ella.

Teóricamente, el trabajo articula los estudios de performance y performatividad (Schechner, 2002; Taylor, 2003; Butler, 1990), la geografía emocional (Ahmed, 2014) y las prácticas de activismo feminista



para analizar cómo las emociones, los cuerpos y las formas estéticas operan como mediaciones centrales de la acción política. Desde esta perspectiva, la performance se entiende como acción situada y encarnada, mientras que la performatividad remite a la capacidad de estas prácticas para producir transformaciones reales en las configuraciones espaciales y sociales.

Metodológicamente, el artículo se apoya en el análisis de registros visuales, consignas, intervenciones urbanas y estudios de caso de acciones performativas desarrolladas en ciudades latinoamericanas, con especial atención a las marchas del 8M. A partir de este corpus, se examina cómo grafitis, instalaciones, coreografías colectivas, memoriales y dispositivos sonoros inscriben afectos como el miedo, la rabia o el duelo en la materialidad urbana, generando procesos de memoria y disputa simbólica.

De este modo, se sostiene que la protesta feminista no solo ocupa la ciudad, sino que la reconfigura como un archivo vivo y un agente activo de la acción colectiva. Al proponer la categoría de ciudad-performer, este trabajo busca contribuir a los estudios urbanos y de performance con una herramienta conceptual que permita analizar la dimensión estética y afectiva de la protesta como parte constitutiva y

no accesorio de la transformación política del espacio público.

Performance y performatividad: precisiones conceptuales para el análisis del espacio urbano

Dado que este trabajo articula los estudios de performance con la teoría de la performatividad, resulta necesario delimitar ambos conceptos, ya que, aunque relacionados, operan en planos analíticos distintos y su diferenciación permite comprender con mayor precisión la relación entre cuerpo, acción y espacio urbano.

Desde los performance *studies*, la noción de performance remite a acciones situadas, encarnadas y temporales realizadas por cuerpos individuales o colectivos en contextos específicos. Siguiendo a Richard Schechner (2002) y Diana Taylor (2003), la performance puede entenderse como un acontecimiento que produce significado a través de la presencia corporal, la repetición de gestos y la interacción con una audiencia y un entorno material. Se trata, por tanto, de prácticas visibles y observables: marchas, cantos, intervenciones, acciones coreográficas e instalaciones efímeras que



configuran repertorios de acción colectiva y memoria cultural.

Por su parte, la performatividad designa un nivel distinto de análisis. El concepto, formulado inicialmente por J. L. Austin (1962) y posteriormente desarrollado por Judith Butler (1990), alude a la capacidad del lenguaje, los gestos y las prácticas reiteradas para producir realidad. En este sentido, lo performativo no describe un evento espectacular, sino un proceso mediante el cual normas sociales, identidades y relaciones de poder se constituyen a través de su repetición. La performatividad no representa algo preexistente: lo hace existir.

Esta distinción resulta relevante para el estudio de las protestas feministas del 8M. Mientras la performance permite analizar las acciones concretas que intervienen el espacio urbano (ocupaciones, pintas, coreografías, memoriales), la performatividad explica cómo esas acciones producen transformaciones duraderas en los significados del territorio, en la percepción del riesgo, en las formas de pertenencia y en las memorias colectivas. En otras palabras, la performance refiere al acontecimiento; la performatividad, a sus efectos constitutivos.

Desde esta articulación teórica, la protesta puede comprenderse

simultáneamente como práctica estética y como proceso de producción espacial. Las manifestaciones no solo se presentan ante la ciudad, sino que la reconfiguran al inscribir nuevas narrativas, afectos y usos del espacio público. Es en este punto donde se vuelve pertinente la categoría propuesta en este artículo: la ciudad-performer. Si la performance nombra la acción corporal, y la performatividad, sus efectos de realidad, la ciudad-performer designa el modo en que el propio entorno urbano participa de este proceso, mediando, amplificando y conservando dichas transformaciones.

Así, diferenciar performance y performatividad no constituye una precisión meramente terminológica, sino una condición metodológica para analizar cómo las prácticas activistas feministas no solo ocupan el espacio, sino que lo producen política y simbólicamente.

La ciudad-performer: agencia espacial y acción colectiva

El concepto de ciudad-performer se propone en este trabajo como una herramienta analítica para problematizar la idea del espacio urbano como mero contenedor o escenario neutral de la acción



colectiva. Más que entender la ciudad como fondo pasivo donde “ocurren” las manifestaciones, se plantea considerarla como una instancia que interviene activamente en la producción de sentido, memoria y visibilidad política. En este marco, la ciudad no antecede a la protesta como infraestructura estable, sino que se configura y reconfigura a través de las prácticas corporales, simbólicas y afectivas que la atraviesan.

En este sentido, el concepto de ciudad-performer se introduce en este artículo como una categoría analítica propuesta por la autora para nombrar esta forma específica de agencia espacial. Si bien dialoga con los estudios de performance, la teoría de la performatividad y la geografía crítica urbana, el término no remite a una noción previamente establecida, sino que busca articular estos marcos teóricos para explicar cómo el espacio urbano participa activamente en la producción material, afectiva y simbólica de la protesta feminista. De este modo, la ciudad-performer se plantea como una herramienta conceptual propia que permite describir y analizar fenómenos que no quedan suficientemente explicados al considerar la ciudad únicamente como escenario o infraestructura.

Esta propuesta dialoga con los estudios de performance, donde el

acontecimiento escénico no puede separarse del espacio que lo posibilita. Como señala Schechner (2002), toda performance es relacional y situada: surge de la interacción entre cuerpos, contextos materiales y audiencias. El espacio no funciona como soporte neutro, sino como parte constitutiva del evento. Trasladada al ámbito urbano, esta perspectiva permite pensar que calles, monumentos, edificios y dispositivos de control no solo albergan la acción política, sino que la modulan, la amplifican o la restringen.

En paralelo, desde la teoría de la performatividad, el espacio puede entenderse como algo que no solo se ocupa, sino que se produce. Las prácticas reiteradas (marchar, pintar, cantar, instalar objetos, nombrar a las ausentes) generan efectos materiales y simbólicos que transforman temporalmente los significados de la ciudad. En este sentido, la protesta no “usa” el espacio urbano: lo reescribe. La ciudad deviene así un campo dinámico de inscripción donde la acción colectiva deja huellas, altera rutinas y construye memorias.

Hablar de ciudad-performer no implica atribuirle agencia autónoma ni cualidades antropomórficas. Se trata, más bien, de reconocer que su materialidad participa en la acción. Las superficies que reciben pintas, las vallas que se convierten



en lienzos, los monumentos intervinidos o las plazas ocupadas operan como mediaciones que hacen visible el conflicto. La ciudad actúa en tanto condiciona la forma de la protesta y, al mismo tiempo, es transformada por ella. Su “performatividad” reside en esta capacidad de afectar y ser afectada por los cuerpos movilizados.

Desde esta perspectiva, la ciudad-performer puede analizarse al menos en tres dimensiones complementarias:

- Material: en las inscripciones visuales que permanecen como huellas de la acción colectiva.
- Sonora: en los cantos, consignas y ruidos que modifican la atmósfera perceptiva del espacio urbano.
- Memorial: en la resignificación simbólica de lugares que se convierten en referencias de duelo o resistencia.

Estas dimensiones permiten observar empíricamente cómo el espacio urbano participa en la construcción del acontecimiento político.

En el contexto de las movilizaciones feministas del 8M, esta agencia espacial resulta particularmente evidente. Las intervenciones no solo expresan demandas, sino que pro-

ducen nuevas formas de habitar la ciudad, transformando momentáneamente el miedo en presencia colectiva, y la invisibilidad, en inscripción pública. Así, la ciudad-performer nombra el proceso mediante el cual el territorio se convierte en medio activo de la protesta, articulando cuerpo, afecto y memoria.

Entender la ciudad de este modo desplaza la mirada del evento puntual hacia sus efectos duraderos. La protesta no termina cuando la marcha se disuelve: persiste en las marcas, en los recorridos resignificados y en las memorias que el espacio conserva. La ciudad no solo es testigo de la acción política; participa en ella, la registra y la proyecta hacia el futuro.

La ciudad intervenida: performance y reconfiguración del espacio público

Las manifestaciones feministas del 8 de marzo (8M) permiten observar cómo el espacio urbano deja de operar exclusivamente como escenario de la protesta para convertirse en una superficie activa de inscripción política. Las intervenciones en edificios gubernamentales, monumentos y plazas públicas alteran los usos cotidianos de la ciudad y producen desplazamien-



tos temporales en sus significados. En este sentido, el espacio público no solo alberga la movilización, sino que participa en la producción de memoria, visibilidad y conflicto simbólico. Como señala Ramírez (2015), estas marcas materiales pueden leerse como huellas que disputan los relatos hegemónicos sobre la ciudad y reconfiguran su condición de archivo colectivo.

Las tácticas empleadas por las manifestantes son grafitis, pancartas, instalaciones efímeras, consignas sonoras y ocupaciones masivas, que introducen interrupciones en la normalidad urbana. Tales acciones transforman momentáneamente la relación entre materialidad, ciudadanía y esfera pública, en términos de la tríada *urbs, civitas y polis* propuesta por Borja y Muxí (2000). La infraestructura deja de ser un soporte neutro y se convierte en un medio de enunciación política donde se negocian derechos, pertenencias y formas de habitar.

El desplazamiento y el acuerpamiento de los cuerpos en marcha resultan centrales en este proceso. La ocupación colectiva modifica la percepción del territorio, produce comunidad y genera nuevas formas de apropiación simbólica del espacio. Desde la perspectiva de Butler (1990, 2004), estas acciones pueden comprenderse como prácticas performativas que cuestionan las

normas que regulan la visibilidad y la legitimidad de los cuerpos en el espacio público. El acto de reunirse, marchar y hacerse presente no solo expresa una demanda, sino que produce condiciones materiales y afectivas para su enunciación.

Performance como estrategia de confrontación y memoria

Podemos decir que la performance opera como una estrategia específica de intervención política. Su carácter situado, corporal y efímero le permite generar efectos simbólicos que exceden la duración del acontecimiento. La interacción entre cuerpos, gestos y arquitectura produce configuraciones temporales del espacio que amplifican el mensaje colectivo y modifican la experiencia de quienes habitan la ciudad.

Esta dimensión performativa puede comprenderse también a partir de la relación histórica entre prácticas artísticas y elaboración afectiva. Más que surgir de manera espontánea de las emociones individuales, el arte y la performance funcionan como dispositivos de mediación sensible que permiten organizar, traducir y hacer compartibles experiencias difíciles de inscribir en el lenguaje ordinario,



tales como el miedo, el duelo o la indignación. En este sentido, las prácticas artísticas no solo representan la experiencia, sino que la procesan colectivamente, convirtiendo afectos dispersos en formas visibles, materiales y comunicables en el espacio público.

Siguiendo a Miroslava Salcido (2018), la performatividad del pensamiento se activa en el cuerpo y en la acción, desplazando la reflexión del plano exclusivamente conceptual hacia prácticas encarnadas capaces de cuestionar órdenes establecidos. Desde esta perspectiva, la performance no se limita a expresar una idea previa, sino que la produce en el acto mismo de su realización: pensar, sentir y actuar se articulan en una misma operación.

Aplicado al activismo feminista, este enfoque permite comprender las acciones performativas como modos de tramitación política del afecto. Las marchas, intervenciones visuales, cantos y ocupaciones del espacio urbano no solo comunican demandas, sino que materializan experiencias compartidas de violencia y exclusión, transformándolas en presencia colectiva. El dolor y el miedo, lejos de permanecer en el ámbito privado, se inscriben en la ciudad como huellas, imágenes y gestos que producen memoria.

De este modo, la performance se configura simultáneamente como práctica estética, estrategia de confrontación y trabajo de memoria. Al articular cuerpo, emoción y territorio, estas acciones amplían los repertorios de protesta más allá de los formatos discursivos tradicionales y habilitan formas de enunciación donde la experiencia vivida se convierte en acción política. La ciudad, entonces, no solo es el escenario de estas prácticas, sino el medio a través del cual los afectos se vuelven públicos y disputan sentido.

Intervenciones performativas del espacio urbano: memoria, denuncia y reapropiación

Las acciones performativas en el espacio público no constituyen un fenómeno aislado ni reciente dentro de las luchas feministas y de derechos humanos en América Latina. Por el contrario, se inscriben en una genealogía de prácticas artísticas y activistas que han utilizado la materialidad de la ciudad como soporte de memoria, denuncia y organización colectiva. Estas intervenciones permiten comprender el espacio urbano no solo como escenario de la protesta, sino como una superficie activa donde se inscriben afectos, ausencias y demandas políticas.



Un caso paradigmático de esta lógica performática es *Un violador en tu camino*, acción creada en 2019 por el colectivo chileno LASTESIS en el contexto de las protestas contra la violencia sexual institucional y estatal en Chile. La intervención combinó coreografía, canto y ocupación del espacio público para denunciar la responsabilidad estructural del Estado, la policía y el sistema judicial en la violencia de género. Su carácter replicable permitió que la acción se reprodujera simultáneamente en plazas y avenidas de distintas ciudades del mundo, transformándose en un repertorio colectivo de protesta. Más que una representación artística, la performance operó como dispositivo político que produjo comunidad, visibilidad y memoria.

De forma complementaria, las antimonumentas feministas instaladas en el espacio público de Ciudad de México, particularmente la Antimonumenta frente a Bellas Artes y la posterior Glorieta de las Mujeres que Luchan, disputan directamente la lógica conmemorativa estatal. A diferencia del monumento oficial, que fija una narrativa histórica cerrada, la antimonumenta funciona como dispositivo abierto y procesual: se interviene, se actualiza y se habita colectivamente. Estas estructuras no representan una memoria consolidada, sino que mantienen el

conflicto visible. Su permanencia material transforma el paisaje urbano cotidiano y obliga a la ciudad a sostener públicamente aquello que las instituciones suelen intentar borrar: las violencias feminicidas y las luchas de las mujeres.

Otro antecedente clave de intervención performativa del espacio urbano es *Zapatos Rojos* (2009), de la artista mexicana Elina Chauvet. La acción consiste en la colocación de pares de zapatos femeninos pintados de rojo en plazas y calles públicas como metáfora de las mujeres víctimas de feminicidio. Más que una instalación estática, la obra funciona como un dispositivo performativo de memoria colectiva: los objetos ocupan el espacio, alteran su circulación cotidiana y convierten la ciudad en un memorial efímero. La ausencia corporal se vuelve presencia política, transformando el entorno urbano en un archivo sensible de la violencia de género. De este modo, la ciudad no solo alberga la acción, sino que participa activamente en la producción de significado.

Las cruces rosas de Ciudad Juárez constituyen otro ejemplo temprano de esta inscripción espacial del duelo. Colocadas por familiares y activistas desde la década de 1990, estas marcas se emplazan en lotes baldíos, avenidas y zonas periféricas donde se localizaron



cuerpos de mujeres asesinadas o desaparecidas. La repetición del gesto (clavar, pintar, nombrar) produce una cartografía afectiva de la violencia que reconfigura la percepción del territorio fronterizo. Aquí, la intervención no busca espectacularidad, sino persistencia: cada cruz señala una ausencia y, al mismo tiempo, interpela a la ciudad como testigo.

De manera similar, *El tendadero*, de Mónica Mayer, activado desde la década de 1970 y reactivado en múltiples contextos contemporáneos, transforma el espacio público en un dispositivo de denuncia colectiva. Mediante papeles colgados con testimonios de acoso y violencia, la acción convierte rejas, muros o plazas en superficies de enunciación política. El gesto cotidiano de tender ropa se resignifica como práctica de visibilización, haciendo que la ciudad funcione como soporte y amplificador del discurso feminista. Aquí, la performatividad del lenguaje se inscribe materialmente en el espacio urbano.

Un antecedente latinoamericano relevante es *El Siluetazo* (Buenos Aires, 1983), acción colectiva donde se dibujaron siluetas humanas en el espacio público para representar a las personas desaparecidas por la dictadura. Estas figuras anónimas ocuparon muros y plazas, produciendo una cartografía

de ausencias que convirtió la ciudad en un memorial político. Al inscribir la falta de cuerpos en la materialidad urbana, la acción mostró cómo el espacio público puede operar como superficie performativa de duelo y denuncia.

Finalmente, los bordados colectivos de memoria presentes en diversas ciudades mexicanas desplazan la acción performativa hacia prácticas de cuidado y trabajo textil. Bordar nombres de víctimas en plazas o parques introduce temporalidades lentas que contrastan con la lógica acelerada del espacio urbano. El gesto manual, repetitivo y comunitario convierte el acto doméstico en herramienta política. Al ocupar el espacio público con cuerpos que cosen, conversan y recuerdan, la ciudad se transforma en taller, archivo y lugar de encuentro. La performatividad aquí no radica en la espectacularidad del acontecimiento, sino en la producción sostenida de comunidad y memoria.

En conjunto, estos casos muestran que las intervenciones feministas no solo utilizan la ciudad como soporte, sino que activan sus dimensiones materiales, afectivas y simbólicas. A través de objetos, marcas, estructuras o prácticas colectivas, el espacio urbano se reconfigura como superficie de inscripción política. Esta constelación de acciones permite sostener que



la ciudad opera como un agente performativo: responde, conserva huellas y participa en la producción de sentido, más que limitarse a funcionar como telón de fondo de las protestas.

Geografías emocionales y eficacia performativa de la protesta feminista

Atender a la dimensión afectiva de la protesta implica analizar el lugar que ocupan las emociones en la configuración de sus formas performativas. En este sentido, las movilizaciones evidencian desplazamientos en los repertorios discursivos y simbólicos mediante los cuales se articula la acción colectiva. El análisis de consignas, pancartas y grafitis registrados en distintas marchas feministas muestra una recurrencia semántica en torno al miedo como experiencia compartida: expresiones como “Tenemos miedo”, “El miedo cambió de bando”, “Si tocan a una, respondemos todas” o “Vivas nos queremos” sitúan la vulnerabilidad corporal como punto de partida de la enunciación política. Lejos de funcionar únicamente como testimonio individual, estas formulaciones convierten el miedo en un significante colectivo que articula la experiencia cotidiana

de violencia con la acción pública. En este sentido, más que desaparecer, el miedo es reconfigurado estratégicamente: se nombra, se comparte y se expone como condición común para producir comunidad y legitimidad política. Desde la perspectiva de la geografía emocional, podría plantearse que el miedo opera como un eje organizador de la protesta, no en tanto emoción paralizante, sino como recurso afectivo que cataliza la ocupación del espacio urbano y orienta la acción colectiva.

El miedo, en particular, opera como un mecanismo de orientación espacial. No se distribuye de manera azarosa, sino que se adhiere diferencialmente a cuerpos y territorios de acuerdo con estructuras de género, clase y racialización. De este modo, la ciudad se produce afectivamente: ciertas zonas se codifican como peligrosas, ciertos cuerpos como vulnerables, y la circulación cotidiana se regula mediante anticipaciones del riesgo. El miedo no solo responde a la violencia; también la reproduce al restringir el derecho a la movilidad y consolidar dinámicas de exclusión.

Para comprender la relación entre emociones y espacio urbano, resulta pertinente recurrir a la noción de geografía emocional desarrollada por Sara Ahmed (2014). Desde



esta perspectiva, las emociones no se entienden como estados psicológicos individuales, sino como fuerzas sociales que circulan entre los cuerpos y organizan la experiencia del espacio. Los afectos orientan la movilidad, delimitan pertenencias y configuran fronteras simbólicas que determinan quién puede habitar la ciudad y en qué condiciones.

De forma complementaria, la pertenencia tampoco constituye una cualidad inherente, sino el resultado de prácticas reiteradas que hacen que algunos cuerpos se sientan “en casa” mientras otros son percibidos como intrusos. En contextos urbanos, esta distribución desigual de seguridad y habitabilidad impacta de manera sistemática en mujeres, personas racializadas y corporalidades disidentes, cuya relación con el espacio público se encuentra constantemente mediada por estrategias de autoprotección y vigilancia.

En diálogo con estos planteamientos, Paula Soto subraya que las emociones deben analizarse como fenómenos colectivos situados histórica y políticamente. Desde esta mirada, las experiencias de violencia generan repertorios afectivos compartidos (dolor, miedo, rabia) que no solo describen estados subjetivos, sino que configuran formas de acción social (2016).

En el marco de las movilizaciones feministas, este tránsito afectivo resulta central. El paso del miedo a la rabia implica un desplazamiento de la pasividad hacia la agencia: aquello que inicialmente opera como contención se transforma en impulso de organización y protesta. Las marchas del 8M pueden leerse, así, como prácticas de reappropriación emocional del espacio público, donde el duelo, la indignación y la solidaridad producen temporalmente otras formas de habitar la ciudad. La ocupación colectiva altera las fronteras afectivas previamente establecidas y convierte la no pertenencia en comunidad.

Sin embargo, esta reconfiguración no ocurre en un vacío político. Las estrategias estatales de contención (vallas, encapsulamientos, limpieza inmediata de pintas y monumentos) buscan administrar la carga simbólica de la protesta y reducir su impacto a un episodio ritualizado de catarsis. La ciudad se habilita momentáneamente como escenario de expresión, pero posteriormente se restituye el orden urbano sin atender las demandas estructurales. Esta dinámica plantea interrogantes sobre la eficacia transformadora de la performance social.

Desde la pragmática cultural de Jeffrey C. Alexander (2017), toda performance colectiva requiere articular actores, símbolos, pue-



ta en escena y audiencias capaces de reconocer su verosimilitud. El éxito depende de la “refusión” entre significado y experiencia social. Cuando la protesta es absorbida como espectáculo previsible o confinada al ámbito digital sin efectos institucionales, su potencia política corre el riesgo de diluirse. La acción permanece visible, pero pierde incidencia.

En este sentido, el 8M evidencia una tensión constitutiva: por un lado, las emociones colectivas reconfiguran afectivamente la ciudad y producen comunidades de resistencia; por otro, las lógicas de gestión estatal intentan neutralizar esa potencia transformadora. Analizar esta disputa entre reapropiación afectiva y contención institucional permite comprender la protesta no solo como evento expresivo, sino como campo de negociación simbólica donde se juega la posibilidad de traducir la experiencia colectiva en cambios estructurales.

Conclusiones

El análisis desarrollado a lo largo de este artículo permitió problematizar la comprensión habitual del espacio urbano como mero escenario de la protesta social. La ciudad no solo aloja la movilización, sino que participa activamen-

te en la producción de sentido político mediante sus materialidades, sus afectos y sus memorias.

En este marco, se propuso el concepto de ciudad-performer como una categoría analítica original para dar cuenta de esta agencia espacial. Esta noción permite describir cómo la infraestructura urbana media la acción colectiva, amplifica sus mensajes y conserva huellas que prolongan la protesta más allá del acontecimiento inmediato. Pensar la ciudad en términos performativos desplaza la mirada del evento puntual hacia sus efectos materiales y simbólicos duraderos, entendiendo el territorio como un campo dinámico de inscripción donde cuerpo, afecto y memoria se articulan políticamente.

Asimismo, el diálogo con la geografía emocional evidenció que las movilizaciones no solo transforman el espacio físico, sino también sus configuraciones afectivas. El miedo históricamente asociado a la restricción de la movilidad femenina se rearticula como recurso colectivo de enunciación y acción, mostrando que las emociones no constituyen un trasfondo subjetivo de la protesta, sino uno de sus motores organizativos. De este modo, la dimensión performativa de las marchas se vincula estrechamente con prácticas artísticas que materializan experiencias compartidas



de duelo, rabia y resistencia en formas visibles y públicas.

Los casos revisados, desde coreografías colectivas hasta antimonumentas, memoriales efímeros y dispositivos textiles, permitieron situar estas dinámicas dentro de una genealogía latinoamericana de intervenciones que utilizan la ciudad como soporte de memoria y denuncia. Esta constelación confirma que el activismo feminista no solo ocupa el espacio urbano, sino que lo produce simbólicamente en disputa con los relatos oficiales que buscan neutralizar o borrar las marcas del conflicto. La ciudad-performer se plantea así como una herramienta conceptual útil para analizar otras formas contemporáneas de protesta donde el territorio deviene medio activo de intervención y no simple contenedor de la acción.

Finalmente, esta aproximación invita a continuar explorando cómo las prácticas artísticas y performativas configuran modos alternativos de habitar la ciudad, así como los límites y tensiones que surgen cuando estas acciones son contenidas, absorbidas o neutralizadas por las lógicas institucionales. Más que ofrecer respuestas cerradas, el concepto propuesto abre un campo de investigación sobre la agencia material del espacio urbano en contextos de disputa política.

Referencias

- AHMED, S. (2014). *The Cultural Politics of Emotion*. Londres: Routledge.
- ALEXANDER, J. (2017). *The Drama of Social Life*. Cambridge, Reino Unido: Polity Press.
- ANTIVILO, J. (2013). *Cuerpos en resistencia: Género y performance en América Latina*. Chile: LOM Ediciones.
- AUSTIN, J. (1962). *How to Do Things with Words*. Cambridge, Estados Unidos: Harvard University Press.
- BUTLER, J. (1990). *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Londres: Routledge.
- _____. (2004). *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence*. Londres: Verso.
- CHAUVET, E. (2009-presente). *Zapatos Rojos* [Instalación urbana y memorial público]. Ciudad Juárez, Chihuahua, México.
- COLECTIVA ANTIMONUMENTA VIVAS NOS QUEREMOS. (2019-presente). *Antimonumenta* [Intervención urbana permanente]. Ciudad de México, México.
- COLECTIVO LASTESIS. (2019). *Un violador en tu camino* [Intervención callejera]. Valparaíso, Chile.
- DE CERTEAU, M. (1984). *The Practice of Everyday Life*. California: University of California Press.
- FOUCAULT, M. (2007). *Security, Territory, Population. Lectures at the Collège de France, 1977–1978*. Basingstoke, Reino Unido: Palgrave Macmillan.
- MAYER, M. (1978-presente). *El tendadero* [Instalación participativa y acción colectiva]. Ciudad de México, México.
- RAMÍREZ, M. (2015). *Espacios de resistencia*. La ciudad como escenario político. Siglo XXI Editores.
- SALCIDO, M. (2018). *Performance. Hacia una filosofía de la corporalidad y el pensamiento subversivos*. México: Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura; Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información Teatral Rodolfo Usigli.
- SCHECHNER, R. (2002). *Performance Studies: An Introduction*. Londres: Routledge.
- SOTO, P. (2016). Repensar el hábitat urbano desde una perspectiva de género. Debates, agendas y desafíos. *Andamios*, 13(32), 37–56.
- TAYLOR, D. (2003). *The Archive and the Repertoire: Performing Cultural Memory in the Americas*. Durham, Estados Unidos: Duke University Press.